

Domingo 9: Fe y Confianza en Dios el Padre

Pregunta y Respuesta 26

Lectura: Salmo 33

Salterios:

Primero: 268:2-3

Segundo: 128:1,3

Tercero: 400:3-7

Cuarto: 278:1-2

Último: 183:2

Querida congregación,

Según el Salmo 33, el Dios del cielo y de la tierra hizo todas las cosas: *“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y por el aliento de su boca todo el ejército de ellos. Él junta como en un montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos”* (Salmo 33:6-7). Él hizo todo. Él es un Dios todopoderoso, pero también un Padre misericordioso. Esa es otra cosa que también podemos ver en el Salmo 33: es un Padre misericordioso que defiende la causa de Sus hijos. *“Jehová hace nulo el consejo de las naciones y frustra los designios de los pueblos”* (versículo 10). Al final del Salmo, dice que está dispuesto a librar sus almas de la muerte y a protegerlos en el tiempo de hambre (versículo 19). Si escuchamos todo esto, bien podemos decir: *“Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, el pueblo que él escogió como heredad para sí”* (versículo 12). ¿No desearía usted ser una de esas personas bienaventuradas? ¡Oh, que el Señor toque su corazón con un santo anhelo por la bienaventuranza de Su pueblo! Que Él le haga ver lo que le falta; su pobreza y culpa. Pero, que ese Dios todopoderoso y Padre misericordioso llene también los corazones vacíos con Su favor precioso y cuidado paternal en el Señor Jesucristo.

Congregación, deseamos considerar el Domingo 9 del Catecismo de Heidelberg, donde esperamos oír más acerca de este Padre eterno, misericordioso y todopoderoso, y acerca de la confianza en Él.

Pregunta 26: ¿Qué crees cuando dices: “Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”?

Respuesta: Creo que el eterno Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien de la nada creó el cielo y la tierra con todo lo que en ellos hay, sustentándolo y gobernándolo todo por su eterno consejo y providencia, es mi Dios y mi Padre por amor de su Hijo Jesucristo. En el confío de tal manera que no dudo de que me proveerá de todo lo necesario para mi alma y mi cuerpo. Y aún más, creo que todos los males que puedo sufrir, por Su voluntad, en este valle de lágrimas, los

convertirá en bien para mi salvación. Él puede hacerlo como Dios todopoderoso, y quiere hacerlo como Padre benigno y fiel.

Lo que encontramos aquí es:

Fe y Confianza en Dios el Padre

1. Como un Padre eterno
2. Como un Padre misericordioso
3. Como un Padre todopoderoso

Repito: Fe y confianza en Dios el Padre, considerado, en primer lugar, como un Padre eterno; en segundo lugar, como un Padre misericordioso; y, en tercer lugar, como un Padre todopoderoso.

Primer pensamiento. Un Padre eterno.

Congregación, el Domingo 7 se trataba de la salvación como algo que se recibe solo por una fe verdadera en Cristo. Hemos visto en qué consiste esa fe verdadera, es decir, conocimiento y confianza. También hemos visto lo que abraza esa fe. Nuestro Catecismo dice: “Todo lo que se nos ha prometido en el Santo Evangelio” (Pregunta 22). Un resumen de eso se encuentra en los Doce Artículos de nuestra indubitable fe cristiana y católica, el Credo Apostólico. Este credo se divide en tres partes: de Dios el Padre y nuestra creación; de Dios el Hijo y nuestra redención; y de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación. Hoy, esperamos considerar la primera parte del Credo Apostólico: de Dios el Padre y nuestra creación, o, como se expresa en el primer artículo: “Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.”

Quizá se pregunte: “¿Qué quiere decir todo eso?” Y alguien podría responder: “Eso no es tan difícil. Dios es todopoderoso; Él nos ha creado a nosotros y a todas las demás cosas, así que Él es el Padre de toda la humanidad”. Sin embargo, esa no es la respuesta que nos da el Catecismo de Heidelberg. El instructor va en una dirección totalmente distinta cuando explica este primer artículo de nuestra fe cristiana de manera completamente bíblica.

En el Antiguo Testamento, Dios casi nunca es llamado Padre. Él es el Padre, y, a veces, se le *llama* Padre, pero nunca por la razón de ser el Creador del hombre. Cuando se le llama “Padre”, es siempre en base al hecho de que Él es el Redentor de Su pueblo. Se encuentra un ejemplo de esto en Deuteronomio 32:6: “*¿Así pagáis a Jehová, pueblo necio e ignorante? ¿No es él tu padre, que te adquirió? Él te hizo y te estableció*”. Si se fijan en el contexto de este versículo, verán que Dios es llamado “Padre” porque Él redimió al pueblo de Israel de Egipto e hizo un pacto con ellos en el Monte Sinaí. Aun así, el Antiguo Testamento es bastante reservado con el uso del nombre

“Padre”. Se lo usa muy pocas veces; por ejemplo, en Isaías 64: *“Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros el lodo, y tú el que nos formaste; y obra de tus manos somos todos nosotros”* (versículo 8). Pero es algo ocasional y excepcional.

¿Por qué existe esta reserva de utilizar el nombre “Padre” para Dios en el Antiguo Testamento? En primer lugar, porque el pueblo de Dios en la dispensación del Antiguo Testamento aún vivía bajo las sombras de lo que estaba por venir: el amanecer de la salvación en Jesucristo y el derramamiento del Espíritu Santo. En segundo lugar, porque el pueblo de Israel vivía en medio de naciones paganas. Esas naciones paganas no veían una gran distinción entre Dios y el hombre. Los israelitas, por otro lado, fueron enseñados de lo alto. Ellos lo sabían: Dios está en el cielo, nosotros en la tierra; Dios es nuestro Creador, nosotros somos criaturas; Dios es santo, y nosotros pecadores. Las naciones paganas no tenían ninguna dificultad en dirigirse a sus dioses como padres. Ellos decían: “Hemos sido hechos por nuestro dios; somos descendientes de él; formamos parte de él”. Consideraban a su nación como una extensión de su dios. Veían su tierra como el centro de todo. Se veían a sí mismos como dioses. Eso, precisamente, es paganismo. Y no es solamente un sentir de tiempos antiguos; es también el sentir aún hoy en día.

Hace un tiempo atrás, hablé con un taxista que se identificaba como ateo. Nuestros jóvenes saben que los ateos niegan que haya un dios. En la catequesis, ustedes han aprendido que esto es un deseo más que una creencia real. Así que, sentí mucha curiosidad por escuchar más de este taxista. Le pregunté: *“¿Nació usted ateo, o se hizo ateo?”* Él dijo: “Por supuesto que no nací ateo. Nadie nace ateo —nadie. Pero, ¿sabe qué? Lo he pensado, lo he investigado, y llegué a la conclusión de que no hay un Dios. Yo mismo soy dios. Confío en mí mismo. No quiero ser débil. No necesito un dios encima de mí. Yo soy dios. Dios está dentro de mí.”

Congregación, este orgullo está profundamente arraigado en el corazón del hombre caído. No queremos un Dios fuera de nosotros o un Señor por encima de nosotros. Más bien, queremos ser nuestro propio dios y determinar nuestro propio destino. Eso comenzó en el Paraíso, pero se ha convertido en una ola gigante en nuestra sociedad moderna. Piensen, por ejemplo, en el Movimiento de la Nueva Era. Es el espíritu de nuestra época. Es la forma en que la gente piensa. Es una dilución de la distinción entre Dios y el hombre, entre el reino de los cielos y el reino de este mundo. Por lo tanto, necesitamos el Antiguo Testamento más que nunca. Necesitamos aprender que Dios no es nuestro Padre en un sentido físico. No somos una pequeña parte de Él. Hemos sido creados por Él, y nos hemos rebelado contra Él. Somos criaturas, criaturas caídas. Necesitamos la Biblia para aprender que Dios es Dios y el hombre es hombre. Necesitamos el Antiguo Testamento, en particular, para aprender que hay una gran distinción: *“Estad quietos y conoced que yo soy Dios; seré ensalzado entre las naciones, seré ensalzado en la tierra”* (Salmo 46:10). Incluso en el ámbito de la gloria eterna, cuando los redimidos se inclinan ante el trono de Dios y del Cordero, Dios seguirá siendo Dios, y el hombre seguirá siendo hombre.

En el Nuevo Testamento, se utiliza el Nombre “Padre” con más frecuencia. Regularmente los hijos de Dios se dirigen a Él como Padre. Ese glorioso Nombre “Padre” viene a primer plano de una forma impresionante. Un ejemplo de esto está en la oración más perfecta, la oración en que el Señor Jesús enseñó a sus discípulos a orar: *“Padre nuestro que estás en los cielos”* (Mateo 6:9). Pero, una vez más, llamar a Dios “nuestro Padre” nunca es algo natural. Siempre es sobre el fundamento de la expiación en la sangre de Cristo, en base a la reconciliación con Dios por Aquel que es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. ¡Siempre tengan esto en mente y nunca lo olviden!

El Señor Jesús podía dirigirse a Dios como Su Padre. Podía decir “Padre” en un sentido en el que nadie más pudo ni podrá jamás decirlo. Ya cuando tenía doce años, dijo: *“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”* (Lucas 2:49). Cuando estaba por partir de entre Sus discípulos, les dijo: *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay”* (Juan 14:2), y, *“el que me ha visto a mí ha visto al Padre”* (Juan 14:9). En Mateo 11, el Señor Jesús exclamó: *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así fue de agrado ante ti”* (Mateo 11:25-26). En uno de los momentos más oscuros de Su vida, mientras se postraba en el Huerto de Getsemaní, todavía dijo: *“Padre”*. Cuando la carga del pecado y de la ira de Dios estaba sobre Él y cuando Satanás dirigió sus dardos ardientes hacia Él, oró: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (Mateo 26:39). Él pudo decir “Padre” porque era, y es, el Hijo eterno y natural de Dios.

Este es el punto de partida de nuestro Catecismo en su explicación del Artículo 1. Cuando se plantea la pregunta: *“¿Qué crees cuando dices: ‘Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra’?”*, entonces, en primer lugar, nuestro Catecismo dice que Dios es el Padre eterno de nuestro Señor Jesucristo. Dios es el Padre de Cristo. Así, Él *siempre* ha sido Padre. Dios no *se hizo* Padre cuando creó a Adán y este le dijo “Padre” por primera vez. No, Dios ha sido Padre desde siempre. Es un Padre eterno. Ya era el Padre del Señor Jesucristo antes de ser el Padre de Adán, antes de llegar a ser Padre de Israel, y antes de revelarse como el Padre a Sus amados hijos. Él es el Padre eterno. Ese es el punto de partida de nuestro Catecismo. Ciertamente, los hijos de Dios también pueden decir “Padre” si el Señor lo concede y lo obra por Su Espíritu Santo. El pueblo de Dios ha sido adoptado como hijos, pero Cristo es el Hijo natural y eterno de Dios. ¿Ven la distinción?

Dado que este volveremos a tratar este punto en el Domingo 13, no queremos profundizar en él en este momento. Recuerden esto por ahora: Dios es el eterno Padre del Señor Jesucristo. Cuando la Biblia le llama “Padre”, no es porque Su Paternidad se asemeje a la paternidad humana. Podemos tener hijos, y por esa razón, decir que somos padres y madres, pero no es correcto decir que la Paternidad de Dios se asemeja a la paternidad del hombre. Es todo lo contrario. Una paternidad que realmente merece ese nombre es, a lo mejor, un débil reflejo de la Paternidad eterna de Dios.

¡Qué responsabilidad más alta nos trae a nosotros, padres! Solo piensen en ello. Si es como debe ser, nuestros hijos verán en nuestra vida y comportamiento un poco de lo que significa que Dios sea un Padre para Sus hijos. Deberían poder verlo. No pueden ver a Dios, pero nos ven a usted y a mí. ¿Qué ven en nosotros como padres? ¿Ven un reflejo de lo que es Dios para Su pueblo? Si es como debe ser, verán algo de ello. Si no es así, obstruimos el camino para nuestros hijos. Oscurecemos la gloria del Padre eterno e impedimos que nuestros hijos se acerquen a Él.

Oh, que el Señor conceda Su gracia sobre nosotros para que lloremos por nuestros pecados y fallas. Aún como padres, no somos lo que deberíamos ser delante de Dios y de nuestros hijos. Tan a menudo les hemos robado ver correctamente al Padre eterno, y los hemos provocado a la rebelión debido a nuestras acciones. ¡Que esto nos lleve de rodillas y nos anime a rogar al Señor que nos enseñe lo que significa que Él es un Padre! Hemos perdido todos nuestros derechos y somos hijos descarriados, pero Dios es aún misericordioso. Para criaturas pecadoras e hijos pródigos, a Él le agrada ser un Padre perdonador. No es solamente un Padre eterno, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, sino que también es un Padre misericordioso. Eso es nuestro segundo punto.

Segundo pensamiento. Un Padre misericordioso.

¿No es una maravillosa bendición lo que se encuentra en el Domingo 9, lo que el instructor puede confesar? “Creo que el eterno Padre de nuestro Señor Jesucristo... es mi Dios y mi Padre por amor de su Hijo Jesucristo.” ¡Qué bendita confesión! Si David se sentía indigno de ser yerno del malvado rey Saúl, ¡cuánto menos digna es una criatura pecaminosa de ser el hijo del Dios vivo! Piensen en ello: que un gusano sea un hijo de Dios, una hija de Dios —¡que una criatura pecaminosa sea adoptada por el Rey celestial! ¿Hay mayor privilegio pensable para un hombre caído? En el Domingo 9 escuchamos a un hijo de Dios hablar de esta maravilla incomprensible. Se le concede saber que Dios, el eterno Padre de Jesucristo, es su Dios y su Padre.

¿Cómo lo sabe? ¿Sobre qué base puede decirlo? ¿Tiene un fundamento sólido para esta confesión? A menudo se toman estas palabras de forma fácil sobre los labios de uno. Vivimos en tiempos superficiales. A Dios se lo llama “Padre” con frecuencia cuando no hay ninguna base para hacerlo. ¿Es también el caso en nuestro Catecismo? ¿Es la respuesta a la Pregunta 26 simplemente una confesión superficial? No, no lo es. Hay un fundamento sólido para decirlo. ¿Cuál es ese fundamento? No es la creación; ya lo hemos escuchado. Tampoco se basa en una relación externa en el pacto. Muchos judíos afirmaban ser hijos de Abraham olvidando que eran, en primer lugar, hijos de Adán. El Señor Jesús tuvo que decir: “Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, pero ahora el diablo es vuestro padre.” Grabemos eso en nuestros corazones. El Señor siempre comienza con Adán cuando convierte a un pecador.

¿Cuál, entonces, es el fundamento para aquel que dice en el Domingo 9 que el eterno Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es también su Dios y su Padre? La respuesta se encuentra en las palabras: “por amor de Su Hijo Jesucristo”. Ese es el fundamento. Por esa razón Dios es el Padre de Su pueblo. Desarrollemos esto un poco más profundamente.

Dios es el Padre de Sus hijos, en primer lugar, *porque los eligió en Cristo desde la eternidad*. Esa es la razón principal. El eterno Dios los eligió en Cristo de una forma completamente incondicional. Cuando Pablo habla acerca de ese milagro de la gracia libre y soberana en Efesios 1, dice: “*habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo para sí mismo, según el beneplácito de su voluntad*” (Efesios 1:5). Es el amor electivo de Dios el que hizo una distinción donde no había distinción. Dios eligió a Su pueblo en Cristo desde la tranquilidad de la eternidad.

Sin embargo, ese beneplácito del Padre tuvo que revelarse en el tiempo, en el nacimiento y la muerte del Señor Jesús. Aquí está la segunda razón por la cual los pecadores son adoptados como hijos e hijas. Dios es el Padre de Sus hijos *porque el Señor Jesucristo ha expiado sus pecados*. El Salvador vino a este mundo; sangró, sufrió y murió por ellos. Cuando resucitó de la tumba, envió a Sus discípulos este glorioso mensaje: “*Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*” (Juan 20:17). Él abrió el camino para que el amor paternal de Dios pudiera ser comunicado a los objetos de Su eterno beneplácito. Cristo hizo la expiación por ellos. Por eso, Dios es el Padre de Sus hijos.

Y luego, en tercer lugar, *Él los regenera por Su Espíritu*. Vivifica su alma. Derrama Su amor divino en los corazones de personas pecadoras y tercas. Los hace vivir y los convierte de hijos de Adán a hijos de Dios. No, no piensen que se darán cuenta de esto inmediatamente al ser convertidos. Lo primero que dirá no será: “Ahora soy un hijo de Dios.” Padres, es lo mismo con su hijo cuando nace y es acostado en su pequeña cuna. ¿Les dijo su bebé “Papá”, padres? No, no lo dijo. Sin embargo, tenía un padre desde su primer día. No se daba cuenta de ello, pero ya era su hijo, y participaba de su amor paternal. Espiritualmente es lo mismo. Cuando el Señor nos convierte, cuando nos da una nueva naturaleza, llegamos a conocernos como hijos de Adán. Entonces tememos decir que Dios es nuestro Padre. Más bien, nos vemos como el hijo pródigo, indignos de ser llamados hijo o hija. Pero tal hijo espiritual tiene los *atributos* de un hijo, las *marcas* de un hijo, la vida, el hambre, la sed y las lágrimas de un hijo. Es regenerado por Dios. Tiene un Padre. Nacido de Dios, es el objeto de Su amor y cuidado paternales. Dios es el Padre de todos Sus hijos, sean pequeños o grandes.

Ahora, ¿Por qué esto es así? *¡Porque esos hijos están unidos a Cristo!* Esa es la cuarta razón. Nuestro Catecismo dice: “por amor de Su Hijo Jesucristo”. Este es el corazón del asunto. Por eso, las personas convertidas no tienen descanso hasta que lo hayan encontrado a Él. Necesitan un Dios para su corazón y un Salvador para su culpa. No hallan consuelo en solo conocer la verdad de que Cristo se une con el pecador ya en la hora de la regeneración. No encuentran consuelo

sólido y duradero hasta que experimenten esa unión y comunión con Cristo. Desean llegar a un compromiso espiritual con el Esposo de la iglesia. Leemos en Juan: *“Mas a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Juan 1:12). Nadie puede saber que es un hijo de Dios a menos que haya venido al Hijo de Dios. Por lo tanto, el Espíritu Santo, y Su obra y testimonio, son sumamente necesarios.

¿Cómo sabrá un pobre pecador, que no puede estar sin Cristo, que verdaderamente es un hijo de Dios? ¿Cómo llegará al conocimiento de que Dios es su Padre? Para tal fin, el Espíritu de Dios debe obrar y seguir obrando en su vida. Esto nos lleva a un quinto punto. Dios es el Padre de Sus hijos *porque envió a Su Espíritu a sus corazones*. En Romanos 8, el apóstol Pablo dice: *“Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”* (Romanos 8:15-16). Es ese Espíritu el que da libertad para llamar “Padre” a Dios. Es cierto que todos los que han sido verdaderamente convertidos tienen un Padre en el cielo, pero a muchos les falta el conocimiento santificado de esa verdad. Muy a menudo no tienen la confianza para acercarse al trono de la gracia y tomar ese precioso Nombre del Padre, y pronunciarlo con sus propios labios. Es el Espíritu de Cristo el que necesita venir y asegurarles de que son aceptados como hijos, para que puedan apropiarse de las palabras del apóstol Juan y exclamar maravillados: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”* (1 Juan 3:1).

Pueblo de Dios, vengan, pongan hoy su corazón ante esto y díganse si conocen o no algo de ser un hijo por amor a Cristo. ¿Han aprendido a conocerse como un hijo o hija perdido ante Dios, un hijo que nunca ha sido fiel a sus padres, un esposo que nunca ha sido un verdadero esposo para su esposa, una esposa que nunca ha sido una verdadera esposa para su esposo, pero —sobre todo— una criatura que ha perdido todos sus derechos, que nunca ha hecho lo que Dios requiere de nosotros, que nunca ha vivido para magnificarlo y servirle? ¿Han visto que son dignos de condenación eterna y que Dios es justo y recto si decide desterrarlos de Su presencia? ¿Ha sido Cristo revelado a ustedes como el único camino a Dios? ¿Han recibido un anhelo por ese Salvador, de modo que sus corazones han sido atraídos hacia Él cuando Él fue proclamado en toda Su gloria, mostrándose como absolutamente necesario, perfectamente adecuado, infinitamente precioso y totalmente dispuesto a salvar incluso al peor de los pecadores? ¿Han llegado a ver su necesidad de esa sangre que puede limpiarnos de todo pecado? Oh, es tan precioso cuando podemos ver algo de esto, cuando, como la mujer con el flujo de sangre, podemos acercarnos y tocar el borde de Su manto y experimentar que poder sale de Él.

Oh, cuán grandioso es cuando puede creer que usted —un monstruo de injusticia— todavía puede ser salvo, pero hay algo aún mayor. ¿Qué es? Es cuando puede encontrar un lugar en ese Arca de Salvación, cuando puede refugiarse, por una fe verdadera, en esa Roca de Salvación, y cuando usted puede decir: *“Él es mío, y yo soy Suyo.”* Eso es indescriptible. Es tan precioso recibir

seguridad de que Jesucristo vino también por mí, que murió por un rebelde como yo, y que resucitó para mi justificación.

Sin embargo, congregación, hay algo que es lo más grande de todo esto. ¿Qué es? Es cuando puedo ser restaurado a Dios en Cristo y cuando Dios puede ser restaurado a mí de nuevo. Es cuando esa comunión que fue totalmente rota en el Paraíso se renueva en amor. Esa es la bendición más grande. Es una bendición experimentar lo que significa la Navidad, es una bendición mayor experimentar lo que significan el Viernes Santo y la Pascua, pero es una bendición especial recibir el fruto de la Ascensión. El Señor Jesús dijo: *“Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”* (Juan 20:17). ¿Cuándo recibieron los discípulos el fruto de eso? ¡En el Día de Pentecostés! ¡Cuán grande es eso, también para los hijos de Dios hoy! Oh, cuando el Espíritu de Pentecostés viene a revelar y sellar eso en sus corazones, ellos se postran en adoración. Entonces Cristo presenta a Su esposa al Padre. Entonces la iglesia es puesta sobre el corazón paternal de Dios para que puedan decir: “Abba —querido Padre”. Entonces pueden experimentar lo que significa ser un hijo de nuevo, tener un Padre en el cielo y un Hermano Mayor a Su diestra. Oh, eso los humilla aún más y les hace cantar con el salmista lo que hallamos en el Salterio 278:1-2.

* * * * *

Tercer pensamiento. Un Padre todopoderoso.

Congregación, si las palabras de este Salmo llegan a ser una realidad en la vida del pueblo de Dios, entonces podrán sentir la misma confianza expresada en nuestro Catecismo en el Domingo 9. Consideren la segunda parte de la respuesta: “En el confío de tal manera que no dudo de que me proveerá de todo lo necesario para mi alma y mi cuerpo. Y aún más, creo que todos los males que puedo sufrir, por Su voluntad, en este valle de lágrimas, los convertirá en bien para mi salvación. Él puede hacerlo como Dios todopoderoso, y quiere hacerlo como Padre benigno y fiel.”

Un niño a veces se jacta de su padre. Cuando está entre sus compañeros, podría decir: “Mi padre es muy, muy fuerte. Si quiere, puede arrancar un árbol con solo una mano”. Eso por supuesto, es una exageración. Llegará el día en que el niño entenderá que su padre es un ser humano mortal, igual que los demás. Sin embargo, cuando los hijos de Dios hablan bien de su Dios y Padre, nunca exageran. ¿Quién ha pensado o hablado jamás demasiado alto alguna vez de este Dios, el Padre del Señor Jesucristo, ese Padre eterno, ese Padre misericordioso, ese Padre todopoderoso? ¡Nadie, nunca! Hijo de Dios, en ocasiones, cuando su corazón está tan lleno, puede intentar tartamudear un poco sobre todo esto, pero aun así no puede expresarlo correctamente. Aún ha dicho muy poco al respecto. El Señor es tan grande y tan sublime; Él es el Dios Todopoderoso.

¿No es Él Aquel que, de la nada, hizo el cielo y la tierra con todo lo que en ellos hay? *“Él dijo, y fue hecho; él mandó, y todo quedó firme”* (Salmo 33:9). Jóvenes, ¡aférrense a esta verdad! No crean ni una palabra de la teoría de la evolución. Esa teoría falsa socava todo. Socava lo que leímos en la primera parte de nuestro Catecismo: que hay un primer Adán. Socava lo que escuchamos en la segunda parte: que hay un Segundo Adán, es decir, Cristo. Socava todo lo que enseña la Biblia. Dios es el Creador del cielo y de la tierra. Es también Aquel que está “sustentándolo y gobernándolo todo por su eterno consejo y providencia”, Quien sustenta todas las cosas por la Palabra de Su poder.

Sin embargo, hay algo muy notable en la respuesta de nuestro Catecismo. ¿Qué es? Nuestro Catecismo coloca toda la obra de la creación y la providencia en una cláusula subordinada. En los Doce Artículos, se lee: “Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”. Esperaríamos que nuestro Catecismo hablara algo de Dios el Padre en general, acerca de Su omnipotencia y de las obras que Él ha hecho. Sin embargo, todo el énfasis del instructor recae sobre el asunto de la Paternidad de Dios. Solo se menciona la creación y la providencia en una cláusula subordinada, como un pequeño paréntesis y nada más. Nuestro Catecismo se enfoca en Dios el Padre como el Padre del Señor Jesucristo y, por amor a Él, como el Padre de todos Sus hijos. El hecho de que Él también sea todopoderoso y haya hecho el cielo y la tierra es importante, pero está allí solo para servir a Su Paternidad y al bienestar de Sus hijos. En otras palabras, este Dios misericordioso es también un Dios poderoso, sí, un Dios *todopoderoso*. Este Dios, que es tan poderoso, es mi Dios y Padre. ¡No hay nada imposible para Él!

¿Qué tienen que temer los hijos de Dios con un Padre así, con un Dios que es tan poderoso? A veces hay padres que pueden ayudar a sus hijos, pero no lo hacen. Otras veces, hay padres que quieren ayudar a sus hijos, pero no pueden hacerlo. Con el corazón desgarrado miran a sus hijos, pero se ven impotentes. Por el contrario, el Padre celestial nunca será ni estará impotente. Él es diferente; Él es todopoderoso, eterno, y misericordioso. Nade atará Sus manos para cuidar de Sus hijos o proteger a Su pueblo. Eso es lo que quiere decirnos nuestro Catecismo en el Domingo 9. El Catecismo de Heidelberg es un libro de consuelo para Sion, para la iglesia militante aquí en la tierra. Puede haber tantos temores y dudas en las vidas de los hijos de Dios, tantas luchas y aflicciones en sus corazones, pero eso no cambia el hecho de que Dios es todopoderoso.

En una de sus meditaciones diarias, Philpot utiliza un ejemplo para ilustrar esto. Habla de un hombre y su esposa que han estado unidos en amor durante muchos años. Tristemente, la mujer pierde la razón y debe ser internada en un hospital psiquiátrico. ¡Qué trágico es cuando el esposo viene a visitarla en ese hogar de cuidado y ella lo saluda con la pregunta: “¿Quién es usted? ¿Lo he visto antes?”! Eso es desgarrador tanto para el esposo como para la esposa. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que ella siga siendo su esposa. ¿Romperá él la relación porque ella

ya no puede recordar quién es él? ¡Por supuesto que no! Él le ha prometido fidelidad, y ella sigue siendo su esposa, aunque ya no pueda comprender lo que eso significa.

Así es con los hijos de Dios. Pueden encontrarse en el valle de Baca, pero siguen siendo Sus hijos. Puede que ya no vean las evidencias de la gracia en sus vidas, pero Él los mira con amor. Pueden estar en un mar tempestuoso como los discípulos de Cristo. Pueden no reconocerlo cuando Él se acerque y pueden temer que sea un fantasma. Pueden estar convencidos de que el Señor los ha abandonado. Pueden no creer que Dios es su Padre y que Cristo es su Esposo. Sin embargo, el Señor no romperá Su relación con ellos por esa razón. Él los amará hasta el fin y proveerá todo lo necesario para su alma y su cuerpo.

Esa es otra cosa que leemos en la respuesta a la Pregunta 26: “Él proveerá de todo lo necesario para mi alma y mi cuerpo”. Ese Padre eterno, misericordioso y todopoderoso da a Sus hijos todo lo que necesitan. No siempre les da lo que desean, porque Él sabe lo que es mejor para ellos. No siempre los trata con dulzura; a veces les da medicina amarga.

Es probable que hayan oído hablar de la malaria, una enfermedad que ha afectado a grandes regiones de África. Hace unos doscientos años, aún no se había descubierto un tratamiento para esta peligrosa enfermedad. Cuando los primeros misioneros llegaron a la costa occidental de África en el siglo XIX, muchos murieron de esta enfermedad en pocos meses. Por ello, África occidental fue llamada “la tumba del hombre blanco” hasta que se descubrió lo que se conoce como “quinina”. Esta medicina ayudaba, pero era terriblemente amarga. Era difícil de tragar, pero era una medicina curativa. Los hijos de Dios también necesitan quinina de vez en cuando. Si solo recibieran prosperidad, se volverían orgullosos e independientes. Por lo tanto, el Señor los mantiene humildes y, a veces, les da medicina amarga. En este valle de lágrimas, tendrán que pasar por un sinnúmero de aflicciones, pero todo esto es medicina para ellos.

Dios no es solo un Padre todopoderoso, sino también un Padre sabio. Él protege a Sus hijos de todos los males, o, como se dice aquí, los convierte en bien para su salvación. En otras palabras, *removerá* el mal o lo convertirá en bien *para su beneficio*. Esa es Su promesa, una promesa que ha hecho en Su Palabra y que confirma en los sacramentos. Cada vez que se bautiza a una persona, se puede escuchar en la *Liturgia para la Administración del Bautismo*: “Nos proporcionará toda cosa buena, y nos protegerá de todo lo malo o lo transformará para nuestro beneficio”¹. Es la herencia que viene de la mano de nuestro Hermano Mayor, pueblo de Dios. Por eso el Señor puede decir: “*No profanaré mi pacto ni mudaré lo que ha salido de mis labios*” (Salmo 89:34).

¹ Asociación Misión Reformada de Bolivia. *El Salterio* (2019): *Liturgia para la Administración del Bautismo*. Página 446. El autor originalmente escribe: “Cada vez que se bautiza a un niño”. Dado que se lee también esta parte cuando se bautiza a los adultos creyentes, el traductor se ha tomado la libertad de modificar esta frase.

Aplicación.

Congregación, el Domingo 9 habla acerca de la fe y confianza en Dios el Padre. ¿Posee usted esa fe? ¿Cómo es esto en su vida? Nuestro Catecismo es personal: “¿Qué **crees** cuando **dices**: “Creo en Dios Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”? La pregunta no es: “Cuénteme algo *sobre* ello; compártame la teoría y lo que sabe con la mente acerca de ello.” No, “¿Qué crees cuando dices...?” Es un asunto estrictamente personal. Hace una gran diferencia creer que hay un Dios o creer *en* Dios. Hay mucha gente que cree que hay un Dios, pero no lo conoce, no lo ama, ni tampoco se somete a Él. Quiere recibir las cosas buenas y agradables de Dios, pero por lo demás, no tiene ningún interés en Él. ¿Es también nuestro caso? Entonces nos engañamos a nosotros mismos cuando decimos que creemos en Dios el Padre. Debemos conocerlo a través de Cristo, por el poder del Espíritu Santo. Fuera de Cristo, Dios es un fuego consumidor y un Juez que siempre está airado. No podemos mantenernos en pie ante Él. ¿Alguna vez hemos caído ante Sus pies con un corazón quebrantado y un espíritu contrito? Si no conocemos ese lugar, algún día tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios con temor y temblor.

Quizá haya alguien que diga: “¿Es aún posible para mí recibir misericordia?” Sí, lo es. Recuerden esas palabras: “por amor de Su Hijo Jesucristo”. Por lo tanto, aún es posible —no porque alguien sea digno en sí mismo, sino solo por amor a Cristo. Oh, ¡inclinen sus rodillas hoy mismo! Que haya un clamor en su corazón: “Señor, me siento tan inconvencido, y no tengo ningún derecho. He perdido todo en Adán, pero por favor, hazlo por amor de Cristo. Conviérteme de un hijo de tinieblas a un hijo de luz, para que también yo sepa lo que significa tener esa fe y confianza en un Padre todopoderoso y misericordioso.”

Pueblo de Dios, el Señor es tan digno y fidedigno, ¿no es así? ¡Qué poca confianza tenemos a menudo en Él! Que el Señor no les dé descanso hasta que puedan conocerlo como su Padre en Cristo. Hemos oído un poco acerca de lo que esto significa. Otra vez, el cuidado paternal de Dios no comienza en el momento en que los hijos de Dios se dan cuenta de ello y reciben consuelo. Los padres y madres también cuidan de sus hijos cuando son muy pequeños y vulnerables. Les prestan aún más atención a los más pequeños que son completamente indefensos. El cuidado paternal de Dios es la porción de todos los hijos que nacen en Sion. Él nunca los abandonará. Los cuidará y los preservará, instruyéndolos y protegiéndolos, porque Él es un Dios todopoderoso y un Padre fiel.

Allí es donde nuestro Catecismo termina: “Él puede hacerlo como Dios todopoderoso, y quiere hacerlo como Padre benigno y fiel.” El Domingo 9 termina, por así decirlo, en un cántico de alabanza. Él es un Dios todopoderoso y un Padre fiel. Puede y quiere hacerlo. Es como si escucháramos al poeta del Salterio 183:2:

*Bendito es el Señor, quien
Nuestra carga lleva;
Dios de nuestra salvación,
Que a Su pueblo cuida.
Nuestro Dios nos ayudará,
Fuerte es para salvar;
Sólo el Señor nos puede
De la muerte librar.*

Que esto también sea, o se convierta en, su porción en la vida y en la muerte, por amor a Jesús.
Amén.

Salterio 183:2.